

en una caldera de agua hirviendo. La Santa se conservó ilesa, aun continuando el hervor, por un portentoso milagro, con que quiso premiar Dios su constancia, á cuya vista quedó atónito y conmovido Arriano, contribuyendo no poco este maravilloso accidente á su conversion que se verificó á los pocos dias. Con todo, poco arraigado todavía en la fé cristiana, y temiendo por otra parte manifestarse infiel al emperador, mandó Arriano que se aplicase azufre y pez ardiente sobre el cuerpo de la Santa, y viéndola todavía arrostrar cada nuevo tormento con intrépido valor, la condenó á morir en cruz con su esposo.

5. Caminando para el suplicio, encontró á su madre, que la abrazó deshecha en lágrimas, pero la Santa se desprendió de sus brazos y corrió á la cruz que le estaba dispuesta. Pendientes de la cruz quedaron los dos esposos uno en frente de otro, sin que los acabasen de matar para que fuese mas largo el tormento, de modo que todavía conservaron la vida bastantes dias, durante los cuales no hicieron mas que alabar al Señor, y darse mutuamente ánimo, con la esperanza de ir pronto á unirse juntos á Jesucristo. Consiguieron la palma del martirio estos dos gloriosos Santos el 19 de diciembre, á principios del siglo cuarto. Los Griegos celebran todavía la fiesta de estos Santos con grande devocion, y así tambien sucede hoy dia en Moscovia. En Constantinopla habia una iglesia dedicada á sus nombres.

§ LIII.

DE S. LORENZO.

1. San Lorenzo nació ciudadano romano, como se colige del sacramentario de S. Leon Magno, pero mas probablemente fué español, como quieren muchos, solo que fué conducido á Roma siendo muy jóven. S. Pedro Crisólogo escribe que tanto quanto fué pobre de bienes terrenos, fué rico de los celestiales. Aficionóse mucho el papa S. Sixto, á causa de sus claras virtudes, y despues de haberlo hecho uno de sus mas estimados discípulos, lo elevó, siendo todavía muy jóven, al diaconado, poniéndole al frente de otros siete diaconos, con el cuidado de los vasos sagrados, y de las limosnas para los fieles pobres.

2. El emperador Valeriano, que al principio fué propicio á los cristianos, en 258 les levantó cruda persecucion, encarnizándose principalmente contra los obispos y ministros de la santa Iglesia. Por lo mismo uno de los que fueron desde luego arrestados fué el papa S. Sixto, al ir á decir misa en el cementerio de Calisto, y cargado de cadenas fué conducido á la prision. Habiéndolo sabido S. Lorenzo fué de contado á visitarlo, y segun escribe san Ambrosio, le dijo así que llegó á su presencia : — Ah padre, y donde vais sin vuestro ministro ? ¿ Qué os ha desagradado en mí, que os mueva á abandonarme ? ¿ Acaso desconfiais de mí ? Probadme primero, y desechadme despues. — El Santo conmovido le contestó : — No, hijo mio, no te abandono, mayores pruebas que á mí te están reservadas por la gloria de

Jesucristo. Dentro pocos dias me seguirás. El Señor, á causa de la debilidad que consigo traen los años, no quiere esponerme á muy grandes tormentos, pero á tí te reserva tormentos y victorias mucho mayores. Distribuye ahora mismo todos los tesoros de la Iglesia á los pobres, y disponte al martirio. — Consolado san Lorenzo con estas palabras, pues ansiaba hacer el sacrificio de su vida á Jesucristo, inmediatamente distribuyó á los pobres todos los vasos, vestidos y ornamentos sagrados, así como el dinero que tenia en su poder. Volvió en seguida á la cárcel para visitar al santo Padre, y hallando que en aquel instante era conducido al suplicio, en donde debían cortarle la cabeza, corrió á su encuentro, y arrojándose á sus pies le pidió su santa bendicion, con la esperanza de seguirle al cielo dentro de poco.

3. Habiendo oido el prefecto de Roma que S. Lorenzo tenia en custodia los bienes de la Iglesia, mandóle llamar, y le ordenó que se lo entregase todo, por cuanto necesitaba el emperador aquellos tesoros, para el sostenimiento del ejército. Contestóle el Santo sin turbarse, que si le daba algunos dias de tiempo, le haria ver cuan rica era la Iglesia. Concedióle ocho dias el prefecto, y habiendo reunido en este tiempo todos los pobres, á quienes alimentaba la Iglesia, les hizo esperar en una ancha plaza y habiéndose encaminado á encontrar al prefecto le dijo : — Venid á ver los tesoros de nuestro Dios : vereis qué cúmulo de vasos y piedras preciosas os mostraré. Fué con él el codicioso prefecto, y no viendo mas que aquella multitud de pobres, volvióse al Santo con furiosos ojos, el cual viéndole tan inmutado le dijo con suma calma : — ¿Porqué, señor,

os turbais de este modo? El oro, la plata y las mas preciosas alhajas no son mas que polvo ; los pobres en quien depositamos, por medio de la limosna, los tesoros de la Iglesia, son las riquezas de los cristianos. Viéndose el prefecto hecho la irrision del Santo, le mandó al punto que renunciase á Jesucristo, y como resistiese con intrépido valor, le mandó azotar como esclavo, y le conminó despues con mayores tormentos, si no se disponia á sacrificar á los dioses. — Contestóle el Santo que se hallaba dispuesto á padecer cualquier suplicio, antes que honrar á unos dioses que no eran dignos sino del mas alto desprecio. Mandóle el prefecto á la cárcel, y le puso al cargo de Hipólito, que era uno de los oficiales de su guardia. Admirado este de la intrepidez, de las palabras, y de las obras del Santo, habia empezado ya á venerarle, pero presenciando despues los milagros que obró en la cárcel, vino por fin á convertirse. Sucedió pues, que estando el Santo en su encierro, vino á visitarle un ciego, llamado Lucilio, al cual habiéndole puesto las manos sobre los ojos, devolvió la vista, á cuyo portento pidióle Hipólito el santo bautismo.

4. Al dia siguiente mandó el prefecto comparecer al santo diácono, y procuró con grandes promesas, conducirle á renunciar á Jesucristo, pero no pudo conseguir nada, por lo que le mandó estender en el potro, y allí le desconyuntaron todos los huesos, y le despedazaron todo el cuerpo, azotándole con azotes armados de puntas de hierro. Creyóse que espiraria el Santo en aquel martirio, y él mismo rogó al Señor que se dignase recibir su alma ; pero fué oida una voz celestial, que le decia, que no se habia cumplido aun su victoria, pues que le estaban reservados mas tormentos. Escriben varios au-

tores, que aquella voz fué claramente oída de todo el mundo, y que el prefecto, no atreviéndose á desentenderse de aquel portentoso, exclamó entonces : — ¿No oís los demonios que socorren á este mago? — Pero un soldado llamado Romano vió un ángel, que en figura de jóven de singular belleza, limpiaba la sangre que corría de las llagas del santo mártir, á cuyo prodigio se convirtió, y acercándose al Santo le pidió el bautismo; pero hallándose Lorenzo atado de pies y manos en el potro, no pudo concedérselo. Llegando á noticia del emperador la singular resistencia y constancia de ánimo del Santo, mandó que fuese restituido á su encierro, destinándole á mayores martirios. Así que el Santo quedó solo en la cárcel, corrió Romano con un vaso de agua á encerrarse con él, y como el Santo le hallase bastante instruido, le bautizó, y le exhortó á prepararse al martirio, que efectivamente recibió el nuevo convertido con grande alegría, el dia 9 de agosto, que fué el precedente en que fué martirizado de muerte S. Lorenzo.

5. El prefecto dió nueva orden para que le fuese presentado el Santo y teniéndole delante le dijo : — ¿Porqué desprecias á los dioses con tanta insolencia? — A lo que contestó el Santo : — Porque estos dioses son falsos, y porque la misma razon dicta y demuestra que no puede haber mas que un solo Dios verdadero. — A estas palabras ordenó el tirano que le fuesen rotas las quijadas con una piedra, y en seguida le mandó estender sobre unas parrillas, debajo las cuales habia carbones medio encendidos, para que el tormento fuese mas largo y cruel. Mostróse el Santo en este tormento mas intrépido que nunca, pues conociendo que una parte de su cuerpo estaba bastante asada, dirigiéndose al prefec-

to le dijo : — Si intentas cebarte en mi carne, esta parte está ya bastante asada, vuélveme y sáciate. — A poco, levantando los ojos al cielo, y dando muestras del gozo con que moría, rindió sosegadamente el espíritu á Dios, el dia 10 de agosto de 258. Hipólito, con otro sacerdote llamado Justino, tomaron el Santo cuerpo, y le enterraron en una gruta del campo Verano, en cuyo lugar fué despues edificada una famosa iglesia. El número de las iglesias dedicadas á este santo mártir en toda la cristiandad es demasiado grande para que pudiéramos mencionarlas. Casi todos los santos Padres han celebrado las glorias de S. Lorenzo, y Prudencio atribuye la conversion de Roma al martirio de este Santo.

§ LIV.

DÉ S. SEBASTIAN.

1. San Sebastian fué hijo de padres cristianos, naturales de Narbona en el Langüedoc, aunque oriundos de Milan. Dice S. Ambrosio, que enamorado Diocleciano del claro ingenio y probidad de nuestro Santo, le nombró capitan de la primera compañía de sus guardias. Valiase el Santo de este destino para emplear sus facultades en beneficio de los pobres, y sus esmeros en auxilio de los cristianos, particularmente de aquellos que en gran número gemian en las cárceles, infundiéndoles ánimo, despues de haberles socorrido, para padecer por Jesucristo, siendo de este modo el sostén de todos los fieles perseguidos.

2. Sucedió por aquel tiempo, que dos hermanos llamados Marcos y Marcelino, caballeros romanos, despues

de muchos tormentos eran conducidos á la muerte, en cuyo trance Tranquilino y Marcia padres de los sentenciados, acompañados de las mugeres é hijos de los dos confesores de Jesucristo se presentaron á Cromacio, que era el vice prefecto, y pudieron conseguir, por ser paganos, que la sentencia se suspendiese por espacio de treinta dias. En este tiempo, fácil es de colegir cuantos serian los ruegos, las ternezas de que se valdrian los parientes de los dos santos hermanos para hacerlos prevaricar : lo cierto es, que fueron tales, que vacilando en aquel combate, se hallaban abatidos. Percibiendo san Sebastian el peligro en que estaban, corrió al punto á socorrerles, y de tal modo bendijo Dios sus palabras, que fortaleció en la fé á los hermanos, para sufrir la pena de ser alanceados. Efectivamente, quedaron traspassados y espuestos en el patíbulo durante un dia y una noche asegurados con clavos en los pies. Continuó el Santo su fervorosa plática y los parientes de los dos santos hermanos quedaron todos convertidos, y con ellos Nicostrato oficial de Cromacio, y Claudio carcelero con otros 64 individuos idólatras que estaban presos.

3. Pero el mayor prodigio que obró en esta ocasion nuestro Santo fué el convertir al mismo Cromacio. Sabiendo pues este que Tranquilino habia abrazado la fé cristiana, le mandó llamar y le dijo si habia perdido el juicio al fin de sus años, á lo que contestó el anciano, que antes bien creía haber adquirido la verdadera sabiduría, prefiriendo la vida eterna á la de pocas horas que podian quedarle en este mundo, diciéndole por fin que se avistase con Sebastian, el cual le demostraria con la mayor evidencia que la religion cristiana era la única verdadera. Cromacio habló con nuestro Santo, y

quedó tan íntimamente convencido de la verdad de nuestra santa fé, que se hizo bautizar con toda su familia, y con 1,400 esclavos, á los cuales dió la libertad, renunciando en seguida su empleo y retirándose á vivir fuera del tumulto de la ciudad.

4. Fabiano sucesor de Cromacio, advertido de que S. Sebastian animaba á todos los cristianos á permanecer constantes en la fé, y que hasta convertia á los paganos, dió de todo parte al emperador, el cual habiendo mandado comparecer al Santo le reprendió su delito de inducir á sus súbditos á hacerse cristianos. S. Sebastian le respondió, que con esto creia hacer el mayor servicio posible al estado, puesto que el imperio no podia recibir mas grande bien que tener muchos súbditos cristianos, los cuales eran tan fieles á sus príncipes, como á Jesucristo, por ser este un principio de su mismo dogma.

5. Ofendido el emperador con tal respuesta, ordenó que al punto fuese el Santo atado á un palo y asaeteado por sus soldados. Ejecutóse la sentencia, y el Santo quedó abandonado como muerto; pero una santa viuda llamada Irene, habiendo ido al lugar del suplicio para enterrarlo, lo encontró todavía vivo, y lo hizo transportar secretamente á su casa. Luego que hubo sanado se presentó al emperador y le dijo : — Príncipe, ¿ es posible que deis de este modo crédito á las calumnias que se inventan contra los cristianos? He venido para deciros que no teneis vasallos mas útiles y fieles que los cristianos, los cuales con sus oraciones obtienen del cielo toda la prosperidad de que gozais. — Sorprendido Diocleciano de ver al Santo con vida : — ¿Cómo ha sido, le dijo, que estés todavía con vida? — El Señor, contes-

tó, me ha conservado la vida para manifestaros la impiedad que cometeis en perseguir á los cristianos.

6. Entonces, mas irritado que nunca el emperador, ordenó que el Santo fuese azotado hasta perder la vida, con cuyo tormento subió al cielo el glorioso mártir, á recibir la corona debida á su victoria, en 20 de enero del año 287. Los paganos arrojaron el cuerpo del Santo en un albañal, pero quedó prendido de un garfío, y una matrona de gran virtud, llamada Lucina, lo mandó retirar de aquel lugar, y lo hizo sepultar en la entrada del cementerio, llamado aun en el dia de hoy, la catacumba de S. Sebastian.

§ LV.

DE LOS SANTOS CIRÍACO, LARGO, Y ESMERAGDO.

1. Tuvo Diocleciano la vana pretension de quererse fabricar un palacio que fuese una maravilla del mundo, y efectivamente todavía se descubren en Roma los vestigios de este suntuoso edificio, en donde mandó colocar los baños públicos que se llamaron las termas de Diocleciano. Habiendo este emperador concebido un odio intenso á los cristianos á quienes hacia morir por los mas atroces medios que sabia inventar su bárbara crueldad, entre otros de los que discurrió fué estenuarlos á fuerza de fatiga en la construccion de aquel palacio, en donde un número considerable de siervos de Dios se veian obligados á arrastrar las piedras, á conducir la arena, á transportar la cal y el agua, en cuyas penosas faenas iban sucumbiendo por falta de reposo y de alimento.

2. Cierta caballero romano llamado Treson, muy

rico, y cristiano tambien, aunque era tenido por pagano, movido á compasion de la desdichada suerte de aquellos confesores de Jesucristo, proyectó socorrerlos, valiéndose al intento de tres celosos fieles, amigos suyos, Ciríaco, Largo, y Esmeragdo. Proveian nuestros santos á las necesidades de los fieles trabajadores, y al propio tiempo los animaban á sufrir por Jesucristo con tanto celo y eficacia, que informado el papa S. Marcelino de sus cristianas obras, quiso ordenar diácono á san Ciríaco, para que mejor autorizado, pudiese continuar sus piadosos ejercicios con mas fruto. Los paganos llegaron al fin á descubrir el caritativo empleo de nuestros Santos, y habiéndolos sorprendido un dia, cargados de víveres, fueron arrestados, y obligados ellos mismos á perecer de fatiga en aquellas obras. Distinguiéronse desde luego en ayudar y socorrer á los mas débiles, y denunciados á Maximiano que imperaba con Diocleciano, y no era menos cruel que este, los mandó encerrar en la cárcel, en donde el Señor obró por su intercesion infinitos prodigios. En efecto, entre otros innumerables, habiendo algunos ciegos recurrido á S. Ciríaco por su salud, nuestro Santo les restituyó la vista con la sola señal de la cruz, cuyo portento, que no pudo quedar oculto, movió á infinidad de enfermos, aun de los idólatras mismos, á correr en busca de su salud á aquella cárcel, de donde salian todos aliviados, no solo de las dolencias del cuerpo, sino tambien de las del alma; pues aprovechando los Santos aquella ocasion, los instruian en los misterios de nuestra santa religion y los inducian á abrazar la fé cristiana, por cuyo medio fueron muchas las conversiones conseguidas.

3. La fama de tantos milagros se habia divulgado oor

la corte. Una hija de Diocleciano llamada Artemia, poseída del demonio, se hallaba muy maltratada, y decia el maligno espíritu que la atormentaba, que no dejaría en paz á aquella criatura, á no ser que se lo mandase el diácono Ciríaco. Llevado el emperador del mucho amor que profesaba á su hija, se decidió á llamar á Ciríaco, al cual rogó que sanase á la princesa. Mandó el santo diácono al maligno espíritu que dejase de atormentar á Artemia, y le contestó este : — Obedezco, porque no puedo resistir al poder de Jesucristo, pero desde aquí me marchó á la corte de Persia. — Y el Santo le contestó : — A donde quiera que te dirijas será para mayor gloria de Jesucristo y confusion tuya. — Al punto quedó libre la princesa, que manifestó deseos de ser cristiana. De resultas de este milagroso acontecimiento pasó el demonio á ocupar el cuerpo de la hija del rey de Persia, llamada Globia, y apenas se vió poseída, cuando empezó á esclamar que no podría librarse de tan grande pena sin el auxilio del diácono Ciríaco que se hallaba en Roma. El rey su padre mandó inmediatamente un embajador á Diocleciano, para rogarle que le enviase á Ciríaco, y aquel se lo mandó al punto, permitiendo marchasen con él sus amados compañeros. Llegados á aquella corte, dijo Ciríaco al rey, que para conseguir la salud de su hija, era necesario que él creyese en Jesucristo. Prometiolo así el príncipe y el santo diácono procedió al punto á la curacion de la doncella, cuyo prodigioso hecho ocasionó que el padre y la hija con 4,000 paganos recibiesen el bautismo. Quería aquel príncipe que permaneciesen en Persia nuestros Santos, pero prefirieron regresar á Roma, en donde esperaban conseguir martirio.

4. Vueltos á aquella capital se dedicaron á socorrer y á confortar á los cristianos perseguidos. Tolerábalos Diocleciano, pero habiéndose ausentado á provincia lejana, Maximino, que no podía reprimir su ódio á los cristianos, mandó prender á los Santos y les hizo intimar por Carpasio, que era su ministro, que debian sacrificar á los dioses ó serles sacrificados. Desecharon los Santos tan insensata proposicion y S. Ciríaco le dijo, que en vano intentaría lograr que sacrificasen á los demonios, pues que no eran otra cosa los dioses que adoraban. Carpasio mandó que le derramasen sobre la cabeza pez hirviendo, y como el Santo soportando alegremente tan crudo martirio, lejos de quejarse, prorumpiese en alabanzas á Jesucristo, furioso el tirano dispuso que fuese colocado en el potro y azotado allí inhumanamente. Pero el glorioso Santo mientras sufría tal suplicio daba gracias á Dios por haberle elegido por su mártir, con lo que le aseguraba el premio de la gloria; y desesperando Maximino de poder contrastar la paciencia y constancia de aquellos Santos, dispuso que fuesen decapitados con otros veinte cristianos, cuya ejecucion se verificó el 16 de marzo del año 305. Sus cuerpos fueron sepultados en un lugar próximo al de su suplicio, en la *via salaria*, aunque los de nuestros tres Santos fueron despues trasladados, por disposicion del papa S. Marcelo, á una tierra contigua al camino de Ostia, que pertenecia á una matrona romana que profesaba la religion de Jesucristo.

§ LVI.

DE S. MAMANTE.

1. S. Mamante nació en Paflagonia país del Asia menor, situada entre el Ponto Euxino y la Galacia. Llamábanse sus padres Teodoto y Rufina, nobles y buenos cristianos. La persecucion contra los cristianos era muy grande en aquella provincia, y Teodoto fué otro de los arrestados por orden de Alejandro, juez de la ciudad, el cual encontrando constante en la fé al prisionero, y no teniendo facultades para condenarle á muerte, le remitió á Fausto, gobernador de Cesarea en Capadocia. Rufina, aunque embarazada, acompañó á su marido. Era Fausto de condicion muy cruel, y así que le fué presentado Teodoto le intimó que se dispusiese á morir entre tormentos, si no obedecía al emperador. Contestó Teodoto que su deseo era morir por Jesucristo, pero habiendo caído enfermo á causa del cansancio del viaje, que habia hecho á pié, y de la falta de alimento, fué encarcelado, y murió en su encierro á los pocos días, al cual siguió en breve Rufina su esposa, pues habiendo dado á luz un infante, antes de tiempo, murió al dia siguiente.

2. Una rica y noble viuda llamada Ania, hallándose en oración, vió un ángel que le ordenaba de parte de Dios, que se encargase del recién nacido que todavía se hallaba en la cárcel. La buena muger, que no tenia hijos, suplicó al gobernador que le hiciese la gracia de permitirle la adopcion del niño, lo cual consiguió, y habiéndolo mandado bautizar, le puso por nombre

Mamante. Creció el Santo muy aventajado así en las ciencias, como en el celo por la fé cristiana, de modo, que no contando mas que doce años, no tenia mas pensamiento que inducir á cuantos podia á abrazar la fé de Jesucristo. Murió Ania, y le dejó heredero de todos sus bienes, que repartió desde luego á los pobres. Habiendo fallecido despues Fausto, le sucedió en el gobierno Demócrito, grande enemigo de los cristianos, el cual apenas llegó á Cesarea, cuando informado del celo del jóven Mamante por la religion cristiana, le mandó llamar y le habló de este modo: — ¿Cómo es posible que siendo vos tan sabio, querais seguir la secta cristiana, proscrita de todo el imperio? Venid conmigo al templo á ofrecer un sacrificio á Júpiter, y despues yo cuidaré de vuestra fortuna, recomendándoos al emperador. — Pero el santo jóven le contestó así: — Yo os agradezco sobremanera el buen concepto que habeis formado de mí, pero dejaria de ser tenido por sabio, si sabiendo que no existe mas que un solo Dios verdadero, sacrificase á las criaturas. ¿Si yo tributase los honores, que solo se deben al emperador, á uno de sus vasallos, no seria yo reo de lesa magestad? Así pues, ¿cómo podré resolverme á sacrificar á los dioses que no son mas que demonios?

3. Enfurecido Demócrito, mandó que Mamante fuese entregado al tormento, pero hizole presente el Santo, que habiendo sido adoptado por la matrona Ania, no podia ser condenado á los tormentos, como lo eran los criminales de la plebe. El juez dió de todo conocimiento al emperador Aureliano, y este dió orden para que se lo presentasen. Así que lo tuvo delante, compadecido de su juventud y deseando salvarle, le dijo: —

Ven, hijo mio, quiero que estés conmigo en la corte, pero importa que abandones la religion cristiana. Elige pues entre gozar de una vida feliz, ó hacer una muerte desdichada en un patíbulo. — O príncipe, le contestó el jóven, tiempo hace que tengo hecha la eleccion: vos me proponéis ó una muerte que debe hacerme dichoso por una eternidad, ó una vida que ademas de miserable y breve debe hacerme infeliz para siempre. — El emperador continuó: — ¿Y quien sino nuestros dioses pueden concederte la felicidad eterna? — Nó, replicó el Santo, vuestros dioses no son mas que sordas y ciegas estatuas que ningun bien pueden hacer á los hombres. Yo solo adoro al único y verdadero Dios, y por su amor estoy dispuesto á entregar voluntariamente mi vida, y esto es lo que tengo yo por verdadera dicha.

4. Irritado Aureliano con tal discurso, mandó que fuese Mamante crudamente azotado con varas, cuyo castigo sufrió el Santo sin lamentarse. El príncipe que sentia cierto disgusto en verle padecer tanto, le dijo, casi en tono de ruego: — Mamante, á lo menos, dí solamente de palabra que sacrificarás. — Pero el Santo no queriendo rehuir del tormento por medio de un engaño. — No permita el cielo, le contestó que ni de palabra dé ocasion á creer que yo abandono á mi Dios. Atormentadme cuanto querais, antes se cansarán los verdugos de martirizarme, que yo de sufrir por Jesucristo. — Enfurecido entonces Aureliano, ordenó que le quemasen los costados con hachas encendidas, pero dispuso Dios que no dañasen estas al Santo, sino á los ejecutores; viendo lo cual el príncipe, mandó que fuese arrojado al mar, mas yendo la comitiva hácia el lugar en que debía cumplirse la sentencia, se apareció un

ángel del cielo en forma de jóven, el cual puso en fuga á los ministros y verdugos que conducian al Santo, diciendo á este que se retirase á un monte inmediato á Cesarea, en donde permaneció por espacio de cuarenta dias.

5. Vino á poco nuevo gobernador á la ciudad, el cual informado de que en aquel monte moraba un cristiano, que habia sido condenado á muerte por el mismo emperador, dispuso que saliesen á prenderle muchos soldados á caballo. Llegados estos al lugar en que vivia el Santo, preguntáronle por Mamante, pues que no le conocian. Respondióles este que le siguiesen y los llevaria á su vivienda, y conduciéndolos á su choza, se encontraron con una multitud de fieras, á cuyo aspecto asustados los soldados se disponian á huir, y entonces el Santo les dijo: — No temais que estos animales vienen aquí para alimentarme con su leche; y en seguida dándose á conocer prosiguió: — Yo soy Mamante á quien buscais: volveos que yo os seguiré. — Todavía asustados los soldados por la vista de las fieras, tomaron el camino de Cesarea, sin detenerse á replicarle, é informaron de todo al gobernador. Cumplió el Santo su palabra, y hallándose á presencia del que tanto empeño habia mostrado en prenderle, se puso á su disposicion. El gobernador, lejos de sentirse conmovido por el portento que le habian referido sus enviados, le dijo: — ¿Sois vos ese encantador, que valiéndoos de los falsos prestigios de que usan los cristianos, sabeis domesticar las fieras? — Y el Santo le contestó: — Yo no soy mas que un siervo de Jesucristo, el cual se complace en conservar á sus fieles servidores, y en condenar al fuego eterno á los que confían y esperan en los ídolos. Por lo

demas, sabed que los cristianos jamas se han valido de prestigios ni de encantos. Me habeis mandado llamar : aquí me teneis á vuestras órdenes.

6. El tirano lleno de cólera, le dijo entonces : — Sois un temerario, pues así os oponéis á los decretos del emperador, mas yo haré que os corrijau los tormentos ; — y en seguida dispuso que fuese el Santo cruelmente azotado, pendiente del potro. Habiendo el Santo sufrido aquel castigo con cristiana resignacion y paciencia, le amenazó de hacerle quemar vivo, y entretanto le mandó á la cárcel, en donde encontró á cuarenta cristianos mas que estaban aherrojados por la fé de Jesucristo. Llevado el Santo de compasión por aquellos infelices se puso á orar, y de repente se abrieron las puertas de aquel encierro por sí mismas, recobrando la libertad aquellos santos confesores. Tan estupendo milagro convirtió á muchos infieles, pero mas enfurecido que nunca el gobernador, dispuso que atado de pies y manos, fuese el Santo arrojado dentro de un horno ; pero el fuego no hizo mas que quemar sus ataduras, quedándose el Santo ileso dentro las llamas, en donde seguia entonando divinas alabanzas. El tirano, aburrido de escojitar medios de atormentarlo y no esperando hacerle vacilar en su fé, mandó que le diesen muerte al momento á cuchilladas, y de este modo pasó el Santo á recibir en la gloria el premio de su constancia. Sucedió este glorioso martirio por los años 275, último del reinado de Aureliano. Surio escribe la historia de este santo mártir, que ha sido siempre tenido en suma veneracion por los Griegos. En tiempo de Constantino se edificó una iglesia á su invocacion en la ciudad de Cesarea y en el mismo lugar en que habia estado su se-

pulcro, y se edificaron despues muchas otras en su honor, en varias ciudades.

§ LVII.

DE S. GENARO OBISPO

1. Contienen los Napolitanos y Benaventinos acerca de la patria de S. Genaro. Los segundos afirman que era de una familia antigua, oriunda de los Samnitas, siendo aquel el territorio que ocuparon estos formidables enemigos de los Romanos. Refieren y pretenden ademas que los antepasados de este Santo fueron señores y despues duques de Benevento. No han podido obtenerse pormenores seguros de los hechos que corresponden á los primeros años del Santo : lo que únicamente consta es, que sus padres fueron cristianos. Se sabe tambien que cuando vacó la silla de la iglesia de Benevento, era S. Genaro tenido por el mas santo y docto de aquel clero, por cuya razon fué elegido obispo por aquel y por el pueblo de comun consentimiento. Rehusó el Santo obstinadamente ser ungido obispo, por su mucha humildad, pero fué obligado por cristiana obediencia á encargarse de aquella diócesis, que le confirió S. Cayo ó tal vez S. Marcelino.

2. Apenas S. Genaro tomó el gobierno de su iglesia en aquellos infelices tiempos de persecucion, cuando se hizo público su celo por propagar la fé de Jesucristo, pues no limitaba su fervorosa predicacion á los pueblos de su diócesis, sino que visitaba las ciudades vecinas procurando nuevas conversiones de idólatras y auxiliando y fortaleciendo á los fieles.